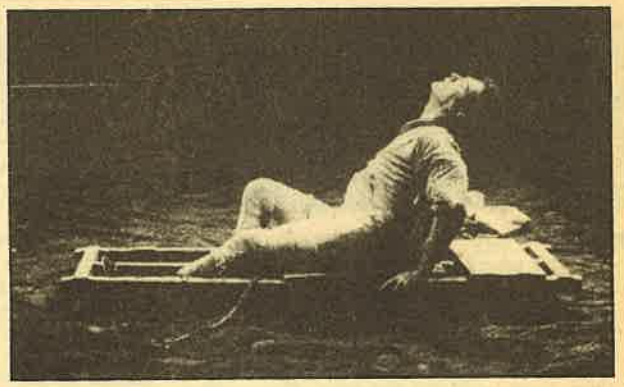
crítica

Juan C. Avilés

Intérpretes: *Alfredo Alcón, Mercedes Sampietro, José Luis Pellicena, Pedro del Río, Antonio Banderas, Dora Santacreu, etcétera.*
Adaptación castellana: *Jaime Gil de Biedma y Carlos Barral.*
Espacio escénico y vestuario: *Fabiá Puigserver.*
Dirección: *Lluis Pasqual.*
Fecha de estreno: *29 de noviembre de 1983.*



«La vida del rey Eduardo II de Inglaterra», de Marlowe-Brecht, en el María Guerrero.

Mereció la pena esperar

DESPUES de sucesivos inconvenientes, la obra destinada a inaugurar la programación del Centro Dramático Nacional, «La vida del rey Eduardo II de Inglaterra», se ha estrenado, por fin, el pasado martes 29, con mes y medio de retraso sobre la fecha prevista. Un accidentado comienzo para el nuevo director, Lluis Pascual, que se ha visto obligado a encajar una serie de críticas finalmente compensadas por el torbellino de aplausos que cerraron la noche del estreno.

Efectivamente, «Eduardo II» ha rebasado las cotas que limitan, en líneas generales, la calidad del teatro español de los últimos años. Sobre un escenario de arena, situado en el centro del patio de butacas, se debate con admirable sentido de la contundencia y el rigor dramático contemporáneo, una gran tragedia donde se condensan y enfrentan todo un compendio de pasiones humanas resumidas en las más elementales: amor y ambición de poder.

Marlowe, rompiendo con los ceremoniales de la escena de la época (segunda mitad del siglo XVI), construye un magnífico drama dialogable anticipándose —aunque de manera más simple— al formulario de Shakespeare. Brecht, jugando con los valores semánticos del lenguaje inaugurado por Marlowe, y aplicando en la puesta en escena su teoría del distanciamiento, le da su dimensión actual. Salvo la estructura básica marlowiana, el resto es Brecht, y Lluis Pascual lo ha tratado como tal, creando un sincronismo tajante y efectivo en la simbiosis de actores, música de percusión (timbales), luz, y los objetos que constituyen la escenografía de Fabiá Puigserver (tablones de madera articulados formando una valla circular) y que se utilizan como una variante rítmica predominante en todo el desarrollo.

El hecho del escenario central es una constante del Teatre Lliure, para el que montó Pascual esta misma obra hace cuatro años. Su simbiología plástica —una pista de circo, un campo de batalla o un corral de gallos de pelea— tiene como finalidad dar relieve a una acción abrupta y afilada. Desde la pasión desenfrenada de Eduardo II por Gavelston, matizada en todo su realismo, a las intrigas movidas por la ambición de poder de sus allegados, que emplean su amor «contra natura» como argumento para destronar al monarca, todo discurre en un clima de fuerte intensidad dramática, de espectacularidad sin trampa ni artificio, y de niveles interpretativos excelentes. Destaca la creación que Alfredo Alcón realiza de un rey que prefiere la opción personal a la histórica; Mercedes Sampietro consigue una de sus mejores —si no la mejor— interpretaciones teatrales, igual que José Luis Pellicena, efectivo y veraz, como el desleal Mortimer.